

Más allá del cosmos. Rediseñar los confines de un sistema.

Johanna Caplliure

“It is possible to find the most exotic small rocks in the entire universe in your roof’s rain gutter”.
Jon Larsen, cazador de polvo de estrellas y músico.

En la noche de los tiempos, cuando todo parecía ensombrecido por la sospecha, solo quedaba una certeza para el ser humano. Algunos la llamaron religión, otros ciencia y los más osados de entre ellos literatura. Todas ellas intentaron, de diferentes formas, arrojar luz sobre los grandes misterios que nos rodean. La oscuridad de un afuera que no podemos conocer. El miedo a un enemigo exterior. La tentación de llegar donde solo el sueño de la mente ha accedido. El terror a una colonización por parte de una supremacía que no es la especie humana. El deseo de atesorar aquello inalcanzable. Todos estos, temores y anhelos del ser humano, tendrían su correspondencia en la búsqueda de una verdad. Una certeza plausible en la que la investigación del cosmos y la carrera por el progreso y la tecnología, finalmente, dotarían a la especie humana de las armas y las estrategias para una conquista más allá del espacio exterior.

Viéndose perturbados por el mayor de los misterios, el desconocimiento del universo, y deseosos de un poder inalcanzable, los seres humanos han perpetuado su legado a cada paso. Por eso, cada avance y descubrimiento ha sido celebrado en la historia propugnando cada hazaña como un fragmento de esta. Puesto que el ser humano siempre se ha entendido a sí mismo como el centro de una creación divina y no parte de un todo. Así ha visto un objeto de conquista en todo aquello que está fuera de él. Sin embargo, las aventuras así como los fines han ido variando: desde el interés por el estudio astronómico de los acontecimientos celestes, precedidos por la mitología en época clásica, hasta la guerra nuclear pasando por la carrera aeroespacial y armamentística. No obstante, todo tiene un origen y este se halla en un campo abisal plagado de estrellas. Así la iniciación de un viaje exterior hacia las profundidades de nuestro origen se ha convertido en la empresa más beligerante por los estados y naciones en el último siglo. Ese exterior ha sido entendido como una nada amenazante, puesto que en la noche del desconocimiento se teme ser engullido. No obstante, esta nada está plagada de un todo y es conocida como cosmos. Y es en él donde podemos observar la armonía de la vida en todas sus gradaciones. El cosmos se nos ha revelado a través de los estudios de la ciencia, pero también mediante la ensoñación de la ficción. Puesto que para hacer verdad del conocimiento del cosmos necesitamos a partes iguales imaginación y escepticismo. Ambas cualidades son las que pretende conjugar Alexandra Knie (Mechernich, 1984) en el diseño de microorganismos bacterianos o microcosmos y en el cuestionamiento del macrocosmos, así como la formulación de los sistemas planetarios existentes.

Esta idea que pareciera reunir ciertos opuestos: la especulación y la verdad, la imaginación y el escepticismo,... abrió una brecha en la que algunos defendieron la transparencia de la ciencia frente a la ambigüedad de la literatura de ficción o de ciencia-

ficción. Mientras, otros se posicionaron en el lugar de un escepticismo mitigado y pensaron en la literatura como en un espacio de manifestación para arrojar luz sobre posibles creaciones científicas. De esta manera podemos observarlo en *In-Between-Microcosmo y Macrocosmo*, la exposición de Alexandra Knie en el Centro del Carmen donde la ficción adquiere un papel fundamental para aproximarse a la ciencia. En esta exposición Knie se aventura, como los viajeros en el universo o los cazadores de polvo de estrellas (*stardust hunters*), sobre una serie de objetos de procedencia desconocida. Por un lado, encontraríamos la continuación de todo el trabajo previo de los últimos años donde la artista alemana se inspira en virus o en la cadena médica y biológica que une al ser humano con un todo molecular y que aquí se nos ofrece mediante nuevas piezas. Y por otro lado, el diseño de una serie de partículas cuyo origen podría darse más allá del cinturón de Kuiper y que aterrizan sobre la Tierra como pedazos de historia natural sobre el universo. Puesto que como dictase Carl Sagan, "el cosmos es todo aquello que fue, es y será."

Los elementos diseminados por todo el universo juegan a engañarnos en diferentes escalas generándonos un cierto vértigo comparativo entre la danza de las esferas. En ella todo confluye: lo pequeño con lo grande, lo concreto con lo general, lo cercano con lo lejano. Así podemos reconocer elementos de una singularidad determinante bajo la lente de nuestro microscopio en un sistema mayor como podría ser la Tierra o esta en contacto con una macroesfera, entendida como nuestra galaxia, y, después, en una aproximación a una escala superior con el universo. Y es que en cierto modo el cosmos se repite en todas sus gradaciones. Las partículas que descubrimos en nuestro planeta o aquellas que nos llegan del exterior son solo un relampagueo de la tormenta cósmica fuera de la Tierra. Una tormenta de vida, conocimiento y fuerza que ni siquiera podemos vislumbrar y mucho menos conocer. Este espacio de incertidumbre es el que articula Knie sobre sus partículas virales o sobre su polvo estelar. Puesto que en ese lugar de inexactitud podemos especular sobre qué es lo que nos acecha, lo que nos rodea y qué es lo que no podemos conocer. De hecho, así lo han realizado los científicos dictando sus hipótesis y los escritores relatando mundos posibles. De esta manera, nuestra artista se sitúa en el lugar intermedio donde ciencia y ficción se cruzarían para crear o definir nuevas fórmulas de objetos reales o imaginarios. Basados en acontecimientos científicos verdaderos, propone una serie de alteraciones sobre ciertos objetos de investigación derivados principalmente de la microbiología y, especialmente en su trabajo presente, en objetos de las ciencias astronómicas. De hecho, los bordados de Knie especulan sobre el diseño de nuevos mundos, de nuevas formas de vida y de nuevos modos de organización. Por eso, sus patrones intentan quebrar la frágil línea de la verdad y borda desbordando los límites para crear nuevos planteamientos esquemáticos.

Pero ¿cómo podría definirse ese afuera que nos produce tal estupor? ¿qué podríamos entender como salirse de un patrón? ¿a qué llamamos exterior? Parece que una consecución de preguntas nos llevaría al mismo aterrador cuestionamiento sobre el que investigadores y científicos han abocado su carrera. Y seguimos preguntándonos: ¿qué sucedería si ya no estamos protegidos del exterior? Si esa barrera profiláctica que hemos tratado de construir mediante un mundo aséptico fuera tumbada, debe-

ríamos pensar que quizá una invasión micro-orgánica y micro-inorgánica ya ha atravesado cualquier frontera interior-exterior desbaratando esa diferencia. Es decir, abatiendo la distancia que pensábamos infranqueable.

En 1971 se estrenó el film *La amenazada de Andrómeda*, basado en la novela homónima de Michael Crichton (*The Andromeda Strain*, 1969). Un relato de ciencia-ficción inspirado en un hecho real y que se aproxima a los orígenes del proyecto de Alexandra Knie. En el film como en la novela un satélite cae sobre la tierra portando un virus desconocido que conllevará la muerte de la población. Para descubrir su sustancia extraterrestre y el porqué de las muertes, se reúne a una serie de investigadores entre los que destacará la microbióloga Ruth Leavitt. Ella será capaz de observar en Andrómeda, nombre con el que será bautizado el virus, una forma de vida autónoma. Andrómeda posee una estructura cristalina como los virus que diseña Knie en su laboratorio-telar. Y como el virus cinematográfico se desarrollan rompiendo los patrones e infectando todo aquello que parece establecido. De hecho, cuando Alexandra Knie nos ofrece las muestras de virus en las placas de Petri o bajo el microscopio y más tarde el supuesto escaneado de micrometeoritos de base nuclear, observamos cómo la cuadrícula que poseería tal estructura cristalina es desbordada (o desbordada).

El patrón en estas piezas trata de romperse para mostrar otro tipo de comportamientos. Aquellos que proceden de una forma de vida que no somos capaces de enmarcar en las maneras ya conocidas y que además está en constante transformación. La artista rasga la malla cristalina, la estructura que da forma normalmente a estas figuras microscópicas y en otros casos las deforma sugiriendo su posible alteración. Así cualquier objeto que ha pasado entre las manos de Knie se conformaría bajo el hilo que se trenza entre la imaginación y la realidad. Por eso, podríamos decir que nos propone traspasar los confines de un sistema sea este el pictórico a través del bordado, el científico mediante la ficción o el macrocosmo junto al devenir del microcosmo.